

Memorialistas & Viajeros

¿Qué mató al detective Carvalho?

Bartolomé Leal desde Bangkok, Tailandia

Lata espera en el aeropuerto de Bangkok para tomar el vuelo nocturno de más de doce horas que me llevará a París. Sumido en el trivial estado de estupor que el viajero debe sufrir a causa del *jet lag* y la incertidumbre. ¡Otra vez un viejo 747! Intento averiguar, sin grandes prisas ni ahíncos, dónde y cómo murió el escritor Manuel Vázquez Montalbán, un día de octubre de 2003. Un infarto formidable lo agarró en plena espera de su vuelo, aquí mismo. Nadie sabía quién era el occiso, hasta que gente de la embajada de España se hizo cargo del despojo aún palpitante, como diría Mauro Yberra. Nadie ha mencionado que allí murió alguien más perdurable que el escritor, su detective, un tal Pepe Carvalho.

Mi mente estragada, que no puede despertar a pesar de la última Singha ingerida (junto a la Chang, las chelas locales), me hace elucubrar que Vázquez Montalbán asesinó a Carvalho, sí señor, con el expediente de un paro cardíaco. Aquí, en este lugar de fábula (de ciencia-ficción, mejor dicho), auténtico avance del siglo XXI, una de las construcciones más parecidas al futuro que me ha tocado conocer. Al aeropuerto se accede por unas autopistas vertiginosas (que provocan vértigo, quiero decir) y un tren aéreo digno de un sueño ciberpunk.

Busco alguna pista, caminando por un largo largo y alto alto pasillo, rodeado de tiendas con productos libres de impuesto, recuerdos típicos y bellas artesanías tailandesas. Conceden al aeropuerto un aire de feria libre, contradiciendo sus ínfulas ultramodernistas, efecto subrayado por unas estatuas de budas enormes rodeados de gráciles diosas danzarinas. Me dirijo a un trío de muchachas, delicadas orquídeas sonrientes, de gargantas como vasos de jade tostado y ojos delicadamente almendrados. Simples hermosas tailandesas, por cierto, que entre trinos de inglés elemental, intentan descifrar mi pregunta: “*Do you know by chance the exact place where a writer died a few years ago?*”. No aventuro el nombre de Vázquez Montalbán y me limito al genérico “escritor”. Adivino que la complejidad sonora del idioma español va a ser demasiado para ellas. Gorjean, pajaritos de Bangkok, pero no entienden mi pregunta.

“*A righter, what is that?*”, exclama una. La pregunta no va tanto dirigida a mí sino a su colega en el mostrador, un jovencito atildado de peinado ligeramente *punk*, adornado de un mechón rosado y unos lentes tipo *mirrorshades*. “*A righter?*”, les responde, bromista, “*A righter is a pitcher that throws the ball with the right hand*”. Ríe de su propio chiste. Ellas ríen en respuesta. En el fondo se burlan de mí. Me miran todas. Me despachan rápido con un: “*Sorry, sir, we cannot help you*”. No les interesa.

Me retiro, sin ningún deseo de seguir preguntando. Sigo caminando por ese pasillo que es una mezcla inquietante de estilos. Me recuerda los decorados de “*Encuentros cercanos*” y “*2001 Odisea del espacio*”. Un ámbito solemne sin duda. Parece no contener nada natural, con la excepción de las personas. Aunque subyace la duda si muchos de ellos no

son androides, como en *Blade Runner*” y *“Hombres de negro”*. En el techo, lámparas de teatro con múltiples focos, las cuales dan una iluminación de caverna, una semipenumbra que fracasa en su afán tranquilizador (si lo tuviera); de igual modo el diosario búdico, que ni remotamente provoca estremecimientos místicos. Todo es de una belleza aterradora, me da la sensación de otro mundo, de otro planeta, del más allá. Siento mi cuerpo viejo. No me voy a morir en el aeropuerto de Bangkok. Sería de mal gusto. Mi amigo Ramón Díaz Eterovic me ha advertido: “Si lo haces, te van a acusar de plagio”.

Pienso, luego camino. Sin vislumbrar ninguna señal de por qué acabaría Carvalho. Busco la causa del deceso de Vázquez Montalbán. Bangkok es una urbe de ensueños, selvática. Una ciudad de templos, de dioses. Las poco discretas mansiones dedicadas a los placeres sensuales provocan cierta desazón. Advertir hasta qué punto la degradación humana puede ser una genuina experiencia estética. Las caras perfectas de esos ángeles (o demonios) del placer que ascienden (o descienden) a extravagantes frenesíes corporales. Sonrisas en los labios perfectos. Admirables expansiones epidérmicas. ¿Algo así fulminaría a Carvalho? En tanto personaje literario, es más sensible al mundo real que los humanos, como algunos robots románticos, pienso en algún cuento de Asimov. ¿Penas de ausencia? Es la muerte del Quijote, desprovisto de su biblioteca. Carvalho hechizado por una mariposa de Bangkok, decide acabar con todo, con su *“righter”*, su lanzador, su amanuense. El aire cargado de olores picantes de Bangkok trastorna los procesos lógicos.

Presiento que me viene un infarto. Falso, por supuesto. Pierdo el conocimiento levemente, aunque sólo es un vahído. Creo ver a Yberra riéndose a carcajadas con su jeta sin labios, alzándose de su lecho de hojas podridas. El triste ciprés que daba sombra a su tumba se ha secado. Es mi turbidez mental. La imagen es desplazada por una explosión de colores: las excentricidades desmesuradas, las preciosuras empalagosas, incomparables en su pureza banal, del palacio del rey de Siam, que he visitado esta misma mañana. Nunca vi lugar más feérico. Habiendo yacido en mi subconsciente tras décadas de leer libros de aventuras, ha superado con creces mis fantasías de niñez.

¿Habrá muerto Carvalho de una sobredosis estética? ¿O sería una sopa de pollo cocinada en leche de coco y aderezada con jengibre, ají morado, cebollines, papas, curry y pimienta, lo que hizo colapsar su sistema digestivo? ¿O habrá sucumbido a la manera demencial de manejar de un chofer de *tuk-tuk*, motocicletas convertidas en taxis baratos que cruzan raudas la ciudad congestionada? Nunca se sabrá. Los mitos merecen respeto y mejor dejarlos así. No ayuda explicar lo inexplicable. Porque, debo confesarlo, Carvalho no falleció en este lugar imposible. Ni Vázquez Montalbán. Ambos murieron en el aeropuerto viejo. El nuevo, donde me hallo, recién se inauguró en 2006, leo en un folleto. He estado delirando sin ton ni son. Llaman a embarcar...

